

Turín (Teatro Regio), 2 de junio de 2002

Características del político de la unidad

No es una experiencia, es un pequeño tema lo que me han pedido que desarrolle. El título sería este: "El Movimiento de la Unidad –que sería la expresión política del Movimiento de los Focolares- y la fraternidad política.

Señor alcalde, señor cardenal, honorables senadores y diputados, autoridades civiles y religiosas del Piamonte y del Valle de Aosta, señoras y señores, jóvenes presentes. Con particular alegría acepto la invitación a hablar de la fraternidad a la luz de la experiencia y de la doctrina del "Movimiento de la unidad".

Con alegría y con pasión, quisiera decir -y no puede ser de otra manera-, si pienso que la fraternidad, para quien es creyente, como yo, es el plan de Dios sobre toda la humanidad llamada a ser una sola familia.

El mensaje evangélico, de hecho, subraya muy especialmente la fraternidad, elevándola a la esfera de lo divino, por la participación de nosotros, los hombres, en la vida de la Santísima Trinidad donde Dios Trino, pero Uno, es el modelo perfecto y supremo de la fraternidad.

Pero ya que la práctica del amor al prójimo está presente en los libros sagrados de muchas de las grandes religiones del mundo y también está inscrita en el corazón de cada hombre, incluso del que no tiene un punto de referencia religioso, todos los hombres –aun en la variedad de sus culturas y su fe- pueden amar y ser amados y dar vida a la fraternidad. La fraternidad es una vocación de todos y por lo tanto no puede dejar de serlo de los políticos. También ellos, como todos, están llamados a ponerla en práctica, a sentirse hermanos entre ellos. Es su primer deber, antes de dedicarse con pasión a su propio partido, antes de las prioridades que distinguen las diferentes opciones. Antes de todo.

Y esto es un bien, porque el amor siempre ilumina, inclusive las decisiones que hay que tomar, y así facilita la obtención del fin de la política misma: el bien común.

(...)

En primer lugar, para el político de la unidad la elección del empeño político es un acto de amor con el cual responde a una auténtica vocación, es decir, a un llamado personal. Responde a una necesidad social, a un problema de su ciudad, o a los sufrimientos de su pueblo, a las exigencias de su tiempo. Quien es creyente advierte que es Dios quien lo llama por medio de las circunstancias; el no creyente responde a un llamado humano que encuentra eco en su conciencia: pero ambos ponen amor en su acción, y ambos encuentran su lugar en el "Movimiento de la unidad".

En segundo lugar, el político de la unidad toma conciencia de que, si la política es amor desde su raíz, también el otro, el adversario político, puede haber hecho su elección por amor: y por eso debe respetarlo, comprender la esencia de su compromiso yendo más allá del modo en que lo vive -no siempre exento de animosidad- pero que se puede corregir.

El político de la unidad desea fervientemente que también su adversario pueda realizar el designio bueno del cual es portador, porque, si responde a una llamada y a una necesidad verdadera, es parte integrante de ese bien común que solamente juntos pueden construir.

El político de la unidad, por lo tanto, ama no solo los que le dan el voto, sino también a los adversarios; no solo a su propio partido, sino también al partido de los demás; no solo a su propia Patria, sino a toda la humanidad.

Y amar a todos le hace comprender y vivir la dimensión universal de la política.

Además, el político de la unidad no puede quedarse pasivo delante a los conflictos, a menudo graves, que excavan abismos entre los políticos y entre los ciudadanos. Por el contrario, debe ser él quien

da el primer paso, aunque sea sólo con un saludo, para acercarse al otro y retomar la comunicación interrumpida.

Crear la relación personal donde no existe, o donde sufrió una interrupción, a veces puede significar lograr desbloquear el proceso político.

Para el político de la unidad, ser el primero en amar es un acto que corresponde a la dignidad de la persona, pero se transforma también en una verdadera y propia iniciativa política; ayuda a superar los prejuicios y el juego de las partes, que muy a menudo paralizan a los políticos en contraposiciones inútiles.

Otro aspecto de la fraternidad en política es la capacidad de hacerse a un lado para darle espacio al otro, de callar para escuchar también a los adversarios. Es un “perderse a sí mismos” que cada día renueva la originaria elección política, es decir la decisión de ocuparse de los demás y no de sí mismos. Y de ese modo “haciéndose uno” con ellos, se abren a su realidad. Hacerse uno ayuda a superar los individualismos, hace conocer aspectos de las personas, de la vida, de la realidad, que amplían también el horizonte político: el político que aprende a hacerse uno con todos será más capaz de entender y de proponer. El “hacerse uno” es el verdadero realismo político.

Y por último, la fraternidad encuentra plena expresión en el amor recíproco, verdadera necesidad para la democracia, entendida rectamente: amor de los políticos entre ellos, y entre políticos y ciudadanos.

El político de la unidad no se contenta con amar él solo, sino que trata de llevar al otro, aliado o adversario, al amor, porque la política no nace sólo de una decisión individual sino que es relación, un proyecto común.

Un amor recíproco que la política exige no sólo en las relaciones personales, sino como exigencia institucional. Las distinciones de los cargos que la democracia asigna, en su significado más profundo tienen la finalidad de permitir el amor recíproco: si la acción de amor del gobierno se expresa en la propuesta y en la decisión, la respuesta de amor de la oposición se manifiesta en la contrapropuesta y el control.

Pero todos estos aspectos del amor político, que realizan la fraternidad, exigen sacrificio.

¡Cuántas veces la actividad política hace conocer la soledad, el sentido de abandono, la incompreensión, incluso de parte de los más cercanos!

¿Quién, entre los que hacen política, no se ha sentido amargado, o marginado, o traicionado, hasta el punto de querer dejar todo?

Bien, todo eso lo vivió también Jesús que, llegando al ápice de su pasión, gritó la abismal lejanía que sentía de Aquel que, durante toda su vida, le había estado más cerca: “¿Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado?” (Mt 27,46).

Con este grito Jesús bajó hasta el fondo de la condición humana, llegó hasta nosotros hombres en nuestra condición de fracaso y de separación de Dios.

Estábamos separados del Padre y divididos entre nosotros: era necesario que el Hijo se hiciese como nosotros, para recogernos y para devolvernos al Padre, para transformarnos en hermanos. Era necesario que no se sintiera más Hijo para que lo fuéramos nosotros.

Pero, dirigiéndose todavía a Dios: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46), Jesús superó el abismo, y recompuso la unidad con Dios y entre nosotros.

Jesús abandonado-resucitado es el modelo de cada hombre. Y lo es particularmente del político, precisamente porque el político es el que abraza las divisiones, las rupturas, las heridas de su propia gente, para encontrar las soluciones, para recomponerlas en unidad. Este es el precio de la fraternidad que se le pide al político: precio altísimo, como es altísima su vocación. Pero altísimo es también el premio. Jesús en efecto es el hombre, el hombre completo y perfecto; y así puede llegar a ser el político que vive hasta sus últimas consecuencias el ideal de la fraternidad.

Su fidelidad a la prueba hará de él un modelo, un punto de referencia para sus conciudadanos, el orgullo de su gente.

Estos son los políticos que el "Movimiento de la unidad" quiere generar, nutrir, sostener.

No es una utopía. Nos los dicen algunos que nos han precedido en el cielo: como Joseph Lux, que fue vice-primer ministro de la República Checa, que supo conquistar la admiración de sus colegas y adversarios; o Domenico Mangano, que vivió la política en la administración municipal de Viterbo, al servicio constante de sus conciudadanos; o Iginio Giordani, cuyo proceso de canonización, iniciado recientemente, está poniendo en luz que él vivió no sólo las virtudes religiosas, sino también las civiles: signo de que podemos hacernos santos no "a pesar de la política", sino "a través de la política".

Hoy en nuestro planeta la fraternidad es más necesaria que nunca.

El terrorismo se manifiesta en toda su virulencia. Sin embargo sabemos que las causas son más de una: basta pensar en el desequilibrio que existe en el mundo entre países pobres y ricos, desequilibrio que genera odio y desencadena horribles venganzas.

Por eso es necesario -los tiempos lo exigen- una distribución más justa de los bienes.

Pero los bienes no se mueven por sí mismos si no se mueven los corazones.

De aquí la urgencia que el ideal de la fraternidad ponga raíces en todos los pueblos y en modo especial entre los políticos también de distintas naciones.

¿Es un sueño?

Para quién cree únicamente en sus propias fuerzas, sí.

Pero para quien cree en Aquel que guía la historia, ningún sueño es imposible.

Y esto es lo que espera el "Movimiento de la unidad", quizás como un pequeño David frente a Goliath, junto a todos los demás que están comprometidos en hacer su propia parte.

Gracias, Señores, por vuestra escucha.

(del discurso de Chiara Lubich cuando le fue otorgada la ciudadanía honoraria de Turín)